COMO BROTES DE OLIVO EN TORNO A LA MESA

Cada especie animal necesita su sistema ecológico para sobrevivir. Cuando ese sistema es rico las especies se fortifican y se multiplican. Cuando el ecosistema se empobrece las especies disminuyen gradualmente y pueden llegar a desaparecer. Lo mismo puede ocurrir con las personas humanas y con la Vida Consagrada (VC) y los Institutos religiosos. La naturaleza nos enseña que van a crecer y florecer sólo si el ecosistema original y desarrollado por la mejor tradición religiosa, renovado con el correr de los tiempos permanece sano y saludable. Si eso no ocurre la VC se va a reducir y quizás va a dejar de existir.

Actualmente la palabra "animación" se usa repetidamente. Significa dar vida, aliento, ánimo, espíritu; significa cuidar el ecosistema de la VC. Cada religioso está llamado a dejarse animar y a ser animador; pero sobre todo lo están algunos. No es fácil esta tarea. Es un gran desafío. Dos pueden ser las razones principales. Por una parte, la preocupación mayor que tiene la gente gira en torno a la dificultad de la vida comunitaria. En ella algo falta y algo sobra. Falta apoyo, entusiasmo, solidaridad en la acción, comprensión, hogar, cariño, calidad humana, gracia... Esto se tiene que ponderar. Por otra parte, en casi todas las congregaciones se afirma en las Constituciones que un Instituto religioso se sustenta de la vida y de la vitalidad de las comunidades locales. Ahí se crece y se es fecundo; en la comunidad local. Ahí somos felices o infelices, rezamos o no rezamos, gozamos con la compañía de los otros o buscamos huir de la misma. Ese es nuestro ecosistema.

Ahora llegamos a la pregunta clave: *¿Podemos crear en nuestras comunidades un ecosistema donde las personas puedan crecer, vivir e incluso atraer a otros?.* Los animadores, los superiores, tienen que preocuparse de ese famoso ecosistema donde las personas se puedan ser tales y revitalizarse. Para que existan estas comunidades sanas hay que llegar a lo concreto. *"La persona que ama su sueño de comunidad más que la real comunidad en si misma destruye la comunidad"* (D. Bonhoeffer). La comunidad existe cuando la vivimos concreta y vitalmente y prestamos atención a los diferentes elementos que la integran; en nuestro caso cuando se den las mesas que necesitamos y las usemos debidamente. Vamos a hablar ahora de los momentos fuertes de la vida comunitaria y de los lugares dónde los pasamos y vivimos. Las mesas son el verdadero ecosistema de la vida marianista. Estas mesas serían como el agua, el sol, el fuego, el aire, el alimento y la tierra de las comunidades locales. En torno a ellas se dan los "brotes de olivo" de la vida nueva.

La mesa es *un objeto y un mueble importante en nuestras casas y en nuestras vidas*. En torno a ellas se sienta uno, se reúne; nos sentimos cerca, espontáneos y libres. Cuando uno se sienta a la mesa pareciera no tener prisa. Se habla largo y tendido. Las mesas se preparan, se cuidan, se adornan. Piden nuestra atención. Hemos puesto una mesa en los lugares más importante de nuestro diario vivir y sobre todo de la vida de una comunidad religiosa. Hay culturas que no tienen mesas físicas o las tienen muy pequeñas como los

japoneses. Pero en todas ellas existe la mesa invisible. Hay mesas cuadradas, rectangulares y redondas y son expresiones de distintas mentalidades. Unas facilitan la comunicación y el diálogo y otras el orden y la jerarquía; unas distancian y otras acercan. Hay mesas históricas y en torno a ellas se han llevado a cabo actos importantes ya que se ha firmado la paz, se han hecho contratos o se han escrito esos libros que siempre están de moda.

1. Mesa de la sala de comedor

Puede parecer extraño que comience por la mesa para comer. Sin embargo, el acto principal a través del cual dejó su más fuerte "herencia" Jesús fue una comida y se nos sigue haciendo alimento en forma de pan y de vino. Estoy seguro que Jesús pasó mucho tiempo en la mesa compartiendo la comida y la conversación con los que le seguían. Pero mi intención no es poner de relieve la comida sino el acto de las comidas, signo principal de unión y de comunión. Cuando a muchos de nosotros se nos pregunta por los recuerdos más fuertes de nuestras historias familiares muchos evocan las cenas de las grandes fiestas de Navidad o de Pascua, de cumpleaños o de bodas o del tiempo de vacaciones cuando todos comen juntos y a veces se canta, se cuentan historias, se juega o se habla hasta tarde en la noche... Por supuesto, no todas las comidas pueden ser de este estilo. Pero las comidas son, sin ninguna duda, una estupenda ocasión para compartir y tener una conversación interesante. Con todo hay que reconocer que a veces se come muy deprisa y con poco diálogo; nos escuchamos poco. Sin embargo, es crucial en la conversación que tenemos en las comidas el escucharse y el prestarse atención. El tiempo de las comidas para estar todos juntos es tiempo sagrado y tiempo festivo ya que hay días de "misa, mesa y camisa". En ellos no puede faltar la eucaristía, una buena comida y un buen vestir.

Y todo esto, que es mucho, ocurre en torno a una mesa. *La mesa del comedor*. Pueden ser una o varias las mesas del comedor de una comunidad religiosa pero es mejor que sea una y redonda. Es importante que esté bien preparada y adornada cuando se llega a las comidas. Hay una sana tradición de reunirse para las comidas y es un encuentro que debemos mantener. Estas mesas, ordinariamente, tienen que soportar mucho y oír bastante. En algunos casos serían el mejor archivo de nuestras comunidades. No está mal que a veces sean sobrias y tengan lo suficiente y no más. Hay mesas que invitan a ayunar y otras a celebrar un gran acontecimiento también por medio de una comida abundante. Las comunidades, en buena parte se hacen en torno a la mesa. En un cierto sentido bien podemos decir parafraseando que comunidad que "come unida vive unida". Son varias las culturas y entre ellas la alemana, en las que las expresiones de amistad se hacen en torno a la mesa. En la mesa de la comida hay espontaneidad pero también hay rito y nos lo recuerda, aunque no siempre con suficiente tino, el manual de Carreño.

2. Mesa de la eucaristía

Por supuesto que *nuestras comunidades viven de la Eucaristía*. No hay duda que entre los recuerdos más fuertes que tenemos en nuestras vidas está el de algunas eucaristías especialmente significativas para nuestra historia como nos recuerda el Papa en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. De ellas recordamos mucho; se han hecho acontecimiento para

nosotros. Esta realidad, la eucaristía, es parte importante de nuestro ecosistema. Nació en torno a una mesa y se entiende bien en torno a una mesa ya que es alimento y bebida sagrada, pan de vida y bebida de salvación, banquete de un cordero inmolado. Y la eucaristía se celebra también en torno a una mesa. Es la mesa del Señor; mesa en torno a la cual nos reunimos. En el comienzo era una ara y pasó a ser un altar y se transformó en una mesa.

Una mesa para comer; alimento y comida es la eucaristía. Más que para ofrecer dones es para participar en la comunión o comida de la eucaristía; sirve tanto para participar en el pan de la palabra como sobre todo en el pan de vida. "En torno a tu mesa, Señor..." nos reunimos. *Sentarse en torno a esta mesa cada día es volver a entrar en la gran alianza y revivir el culmen de la vida cristiana y religiosa; es hacerse familia espiritual.* Esta mesa se debe adornar bien y en torno a ella nos sentamos meditativa y alegremente. En ella estamos cerca del Señor y por eso mismo cerca de los demás, codo con codo, y de nosotros mismos. Esa mesa y ese momento se prepara. No se puede improvisar todo ni sentarse entorno a esa mesa sin preparación y disposición adecuada. Cuando esta falta nos podemos convertir, cuando estamos en torno al altar en "perros que ladran" en presencia del Señor como dice un gran santo. La celebración litúrgica es algo hermoso y atractivo para los participantes. Esta mesa reúne, une, crea comunión y de ella se parte bien alimentados en misión. Es mesa de envío.

3. La mesa de la sala de comunidad

No hay duda que las reuniones son más de una vez un peso en nuestras vidas o dicho de otra forma, una de las formas modernas de mortificación. Pero no podemos dejar de reconocer que son muy importantes en nuestra vida comunitaria. Son momentos en los cuales la comunicación se intensifica; en ellos cada uno se debe sentir implicado y la gente evoca su común responsabilidad en relación con los valores que se deben compartir y las decisiones que se deben tomar. *En esos encuentros se planifica, se sueña, se decide, se comparte, se discierne, se revisa la vida, se evalúa...* No hay duda que así buscamos la conversión permanente comunitaria. Todo se hará con paz y verdad. Las sugerencias para crecer como personas y como comunidades no pueden faltar. La clave tiene que ser la habilidad para mezclar valores como misión, oración y vida.

Esto lo vivimos en torno a la mesa que está en la sala de comunidad. A veces es una mesa grande. En torno a ella nos reunimos una vez a la semana para la reunión semanal. Esta fidelidad es un elemento clave del ecosistema marianista. A veces, sobre esa misma mesa, están la prensa, las revistas, las informaciones de la Familia marianista y en torno a ella nos encontramos para un intercambio espontáneo. *Es signo del "entorno a"; es la mesa del diálogo, del discernimiento, de la conversación, de la decisión o decisiones comunitarias.* Estas mesas cuentan mucho en las comunidades.

4. La mesa para jugar

Si la oración nos convierte en el corazón que busca a Dios, el humor y el esparcimiento nos ayudan a darnos cuenta que Dios es impredecible, como la mayor parte de nosotros, sus

criaturas. El humor va unido a la captación de la incongruencia que hay en nuestras vidas y en las de los demás. Y esto, si lo percibimos con un poco de distancia nos hace reír. Por eso es importante tener y desarrollar el humor en la comunidad y tener en ella y con ella momentos de relax. El humor desarrolla la armonía, nos ayuda a no ser demasiado serios con nosotros mismos. Es importante que la comunidad trabaje junta; no lo es menos que se relaje, que descanse, que juegue y que disfrute de la presencia y compañía de unos y de otros. De este modo vamos a ver las diferentes caras de la personalidad de cada uno y nos vamos a divertir juntos. *Una comunidad debe ser creativa en el modo de organizar sus tiempos de diversión y de descanso.* Cuando se hace así se tiene que establecer con claridad que no todo el mundo tiene que estar presente pero al mismo tiempo hay que organizar todo tan bien que se consiga que ninguno falte.

Nos evoca esta realidad la mesa "para jugar" y para divertirnos un rato. Mesa con las cartas y los juegos a la vista de todos. Es una mesa que tiene que oír nuestras risas, nuestros desfogues o nuestros chistes; que tiene que bailar un poco al ritmo de nuestras músicas y de nuestros cantos. Es una mesa alegre, festiva, cómoda, informal.

5. La mesa de la cocina

Es una mesa importante. La mesa de los servicios que no pueden faltar en una comunidad. Nos ofrecemos nuestro tiempo y nuestras habilidades. En la cocina se pueden demostrar tantas. En concreto la de saber preparar la comida para recuperar las fuerzas. Sobre esta mesa y en este lugar, la cocina, se pasa bastante tiempo.

Es importante que los miembros de la comunidad sean capaces y tengan el deseo de ofrecerse este servicio. No todo el mundo está preparado para ello pero nunca es tarde para aprenderlo. Sabemos bien que es un servicio muy apreciado por los otros miembros de la comunidad.

Hace mucho bien al estilo de la vida comunitaria que una comunidad, al menos con una cierta frecuencia se prepare la comida y la sirva. No es bueno que siempre sea servida y en todo.

6. La mesa del cuarto o del lugar de trabajo

Es una mesa muy indispensable. Es la mesa del trabajo personal; mesa individual. Más o menos ordenada. Esta no puede faltar. Es la expresión de la reflexión, del encuentro con uno mismo, del estudiar o del escribir, del leer y aprender. Sobre ella hay que pasar largas horas. Sólo así se evita entrar en la condición de una vida superficial. Cuando nuestra vida cesa de ser interior, privada, reflexiva nuestra conversación es una mera charla sin sentido y nuestra vida comunitaria un tiempo de estar juntos pero sin dejar de estar aislados. No hay duda que muchas de nuestras palabras pierden peso si no han nacido de nuestro silencio. En la soledad reflexiva se encuentra sentido profundo al amor que se les debe a los hermanos. La soledad lleva a la comunión. Merton es maestro en esta experiencia. Desde ella hacemos comunidad ya que la comunión fraterna necesita de la soledad serena para ser fecunda. No nos hace bien el aislamiento del "me siento solo" o del individualismo amargo siendo miembro de una comunidad religiosa.

Sobre esa mesa se lee y se escribe. Sobre ella suele haber recuerdos queridos. No conviene que sea demasiado pequeña y a ella debe llegar una buena luz y tiene que ser cómoda. En ella tenemos que pasar bastante tiempo. Debe producir algunas reflexiones que servirán al resto de la comunidad, algunos proyectos que se compartirán con todos; debe permitir el ritmo y el espacio de una adecuada intimidad.

7. La mesa de los pobres

La mesa en la que nos sentamos con los pobres. Esta mesa es exigencia de evangelio. Al menos en algunas ocasiones no deberían faltar los pobres a nuestra mesa; no deberían faltar las personas que más necesitamos y que más nos necesitan. *Es la mesa que mide la calidad de nuestra hospitalidad.* Es importante que en ella se sientan bien ellos y nosotros y que unos y otros lleguemos a estar cómodos.

Es el caso de San Egidio que convida a su mesa a los pobres de Roma el día de Navidad. Toda la famosa basílica de Santa María in Transtevere se convierte en un gran comedor; muy adornado; se busca lo mejor para los pobres de toda la ciudad. Importante que haya gente necesitada o al menos invitada en nuestras mesas. Sentar a la mesa a los pobres cambia mucho de nuestra vida. Esa mesa en la que se han sentado los pobres quedará para siempre marcada de un sentido de agradecimiento, alegría y de sencillez.

Como reflexión final es importante afirmar:

- Que no debe faltar ninguna de estas mesas en nuestras comunidades.

- Que todas se inspiren en la de la Eucaristía
- Que son complementarias y que en todas se aprende a vivir y a ser religiosos.

- Es mucho el tiempo que pasamos en torno a las diferentes mesas y en cada una de ellas con una intención y objetivo especial. Importante que todos esos momentos sean un tiempo fecundo.

Las mesas, en fin, son para recordar y celebrar, para alimentarnos y compartir, para trabajar y estar con nuestros invitados. Todas estas actividades son importantes en nuestras vidas. En torno a ellas se toman decisiones comunitarias. En nuestros días, caracterizados por el individualismo, es decisivo sentarse en torno a una mesa y aprender a trabajar en equipo y ganar en solidaridad. Toda mesa es grano de trigo disperso, triturado y reunido. Esto se aplica a cada una de nuestras mesas. Es difícil que estén hechas de una sola pieza. Todas ellas son unos trozos de madera que un día se convirtieron en mesas; en algo importante, sobre todo, cuando no faltan las sillas en torno a ellas para disfrutarlas.

No todos son capaces de sentarse en torno a una mesa y compartir. En algunas comunidades la dificultad es especial para sentarse sobre algunas de ellas. Por supuesto hay que estar a gusto en torno a las diferentes mesas. En ese sentido quiero ofrecer antes de terminar una sugerencia muy concreta. Que a todos, pero de una manera especial los religiosos jóvenes, se les asigne solamente a comunidades que viven de todas las mesas y se implican seriamente en procesos de revitalización. *Son estas comunidades las que cultivan las semillas de la futura vida religiosa revitalizada.* En ese sentido una provincia con tres comunidades en las que sus miembros responden a las exigencias de la fecundidad tiene futuro. Una provincia con 15 comunidades en las cuales sus miembros han optado por la sobre vivencia es casi seguro que no sobrevivirá ninguna.

Volvamos a la imagen inicial. Los religiosos de una comunidad son como granos de olivo en torno a la mesa; a la del Señor, a la de los pobres, a la del juego, a la de los libros, a la del comedor. Ese es el ecosistema en el que estos ramos florecen y dan fruto abundante.

© Mundo Marianista